

Felipe II en la correspondencia del embajador de Francia Fourquevaux

Rafael Carrasco

Raymond de Rouer, señor de Fourquevaux, embajador de Francia en Madrid entre julio de 1565 y marzo de 1572, dejó una importante correspondencia diplomática que se publicó a finales del siglo XIX y principios del siguiente¹. Este conjunto se compone de 390 cartas enviadas desde Madrid al rey Carlos IX o a la reina Catalina de Médicis su todopoderosa madre, a las que se agregan varios correos dirigidos por Fourquevaux a distintos personajes de la corte de Francia. Basta con fijarse en los límites cronológicos de la embajada para percatarse de que se corresponden con la época que conoció algunos de los acontecimientos más trascendentales del reinado de Felipe II: la revuelta de los Países Bajos, el sublevamiento de los moriscos del reino de Granada, la prisión y muerte del príncipe heredero don Carlos, la defunción de la reina Isabel de Valois, la sonada victoria de Lepanto contra la armada de la Sublime Puerta. Y en efecto, los temas más recurrentes en la correspondencia son los Países Bajos, Don Carlos, la reina Isabel de Valois, los moriscos, los problemas religiosos de Francia, y subsidiariamente, la crisis de Florida que, aunque muy sangrienta –cerca de 600 franceses fíamente ejecutados– ha quedado relegada en un segundo término menos relevante, pero que generó una fuerte tensión entre Francia y España cuando oficialmente ambas monarquías pretendían gozar de paz y concordia. De hecho, la estancia de Fourquevaux en Madrid vio el final de la época de entente francoespañola que empezó a deteriorarse tras el fallecimiento de la reina Isabel de Valois –precisamente llamada «Isabel de la paz»– el 3 de octubre de 1568 y que con la masacre de los hugonotes de la noche de San

¹ Célestin Douais, *Dépêches de M. de Fourquevaux, ambassadeur du roi Charles IX en Espagne, 1565-1572*, I, París, Ernest Leroux, 1896; II, París, Librairie Plon, 1900 y III, *ibid.*, 1904. En adelante, citaremos esta fuente indicando la fecha de la carta, el volumen y la página.

Bartolomé (24 de agosto de 1572) en París y el compromiso de Felipe II con la causa católica en apoyo a la Liga Católica o Santa Liga iban a destrozar².

Al margen de estos temas de mayor atractivo o transcendencia, otros muchos fluyen de la pluma de nuestro embajador, desde la gran política internacional, vista día a día a través de las informaciones que le proporcionaban los distintos actores que frecuentaba en Madrid, hasta las mil facetas del mundillo de la Corte, los personajes, los visibles y los de la sombra, y por supuesto, la vida de la pareja real, su agenda, sus diversiones y su intimidad, celosamente escrutada a distancia por Catalina de Médicis a través de su embajador, a la espera de la buena noticia del embarazo de su hija.

Y, por cierto, ¿quién era este embajador, sagaz cortesano cercano a la reina Isabel cuya confianza y aprecio supo ganarse al mismo tiempo que puntual instrumento de su maquiavélica madre?

Militar, diplomático, gobernador y escritor, Fourquevaux fue todo eso, pero sin descolgar en nada, aunque la honrosa medianía en la que se movió el personaje esconde matices y zonas de sombra que le dan mayor relieve y que evocaremos al final de este trabajo. Nacido probablemente en Toulouse en 1508 en una familia de pequeña nobleza, a los 19 años emprendió una carrera militar, lo corriente en su medio social, poniéndose al servicio del mariscal de Lautrec, Odet de Foix, en las guerras de Italia³. Prisionero de los españoles durante un año, fue liberado en 1530 tras la paz de Cambrai y volvió a Toulouse para terminar los estudios. Los años siguientes, a partir de 1535 y hasta la embajada de Madrid que intervino al final de su vida y representó la culminación

² No podemos en estas cortas páginas profundizar en el contexto de la embajada de Fourquevaux, por importante que sea. Una buena síntesis de las relaciones francoespañolas durante el reinado de Felipe II se puede hallar en Jean-Pierre Amalric, «Philippe II et la France», en Ernest Belenguer Cebria (coord.), *Felipe II y el Mediterráneo*, IV, Madrid, Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V, 1999, p. 249-265; para una visión más amplia y desarrollada, se puede consultar Bertrand Haan, *L'amitié entre princes. Une alliance franco-espagnole au temps des guerres de Religion (1560-1570)*, París, Presses Universitaires de France, 2011 y Valentín Vázquez de Prada, *Felipe II y Francia (1559-1598). Política, Religión y Razón de Estado*, Pamplona, Eunsa, 2004.

³ La corta biografía que le dedica Douais en el tomo primero de su edición de las cartas que citamos en la nota anterior se puede completar con las obras siguientes: Albel Jule Maurice Lefranc, «Un réformateur militaire au XVI^e siècle. Raymond de Fourquevaux», *Revue du XVI^e siècle* 3 (1915), pp. 109-154, la entrada de Etienne Vaucheret en Michel Simonin, *Dictionnaire des Lettres françaises. Le XVI^e siècle*, París, Fayard, 2001, pp. 525-528 (1^a ed. 1951), la entrada de Jean-Charles Roman d'Amat en el *Dictionnaire de biographie française*, t. 14, París, Letouzay et Ané, 1979, col. 875-880 y las páginas de Jean-Michel Ribera, *Diplomatie et espionnage. Les ambassadeurs du roi de France auprès de Philippe II, du traité de Cateau-Cambrésis (1559) à la mort de Henri III (1589)*, París, Honoré Champion, 2007, pp. 80-87. También es interesante el texto del *Armorial général ou Registres de la noblesse de France. Registre second. Première partie*, París, Chez Péroult Père, 1741, entrada «De Beccarie de Pavie, marquis de Fourquevaux en Languedoc», p. 42.

de su carrera, los empleó al servicio del rey de Francia, alternando campañas militares y misiones diplomáticas. Guerreó en Saboya en 1536, al año siguiente estuvo en la defensa de Fossano. En 1642, dirigió una expedición en Cataluña, participando en el sitio de Perpiñán durante cuarenta días sin resultado. En 1548 se publicó sin nombre de autor su gran obra de arte militar, las *Instructions sur le fait de la guerre* que se atribuyó a Guillaume Du Bellay y que tuvo tres ediciones más en el siglo XVI. Es un tratado que propone numerosas reformas sobre la formación y la administración de los ejércitos, el armamento o la estrategia y que los especialistas han valorado positivamente⁴.

A partir de 1550, la carrera de Fourquevaux se ve favorecida por la protección de un aristócrata íntimo del soberano Enrique II, el poderoso condestable Anne de Montmorency, gobernador de Languedoc y gran valedor del partido católico, rasgos que sin duda le aproximaban a nuestro embajador. En 1552, lo encontramos en Italia, defendiendo la plaza de La Mirándola. Entre tanto había estado en Escocia socorriendo a María Estuardo y también en Irlanda y luego en Bohemia. Tras la derrota de Marciano del 3 de agosto de 1555, Fourquevaux permaneció detenido en Florencia durante trece meses. El 11 de junio de 1557, Enrique II le nombró capitán gobernador de la ciudad de Narbona, plaza estratégica para la vigilancia de la frontera y la contención de cualquier tentativa por parte de la monarquía católica. Durante esos años asistió a los primeros brotes de las guerras de religión durante las que se mostró ferviente católico y enemigo acérrimo de los protestantes, factor que habrá que tener en cuenta más abajo. Participó entonces activamente en la eliminación de los protestantes de Toulouse (11 de mayo de 1562), en la victoria católica de Saint-Gilles cerca de Arlés (octubre del mismo año) y también en la victoria de Lattes, junto a Montpellier, contra el sanguinario y versátil François de Beaumont, barón de los Adrets. Mantuvo Narbona exenta de todo contagio herético e incluso creó en la ciudad una asociación dedicada a la defensa de la religión católica. Es en este contexto de tensión religiosa y de grave crisis política en Francia en el que Catalina de Médicis decidió enviar Fourquevaux à Madrid. Su proximidad con las personas reales –conocía personalmente a su difunto marido Enrique II– y su inquebrantable compromiso con el partido católico debieron de influir en la decisión de la reina madre de mandarlo a la corte del campeón de la causa católica además esposo de su hija Isabel. Frente a las constantes vacilaciones de Catalina de Médicis en lo relativo a la política que adoptar con los protestantes, tan pronto represiva como más tolerante y de todos modos opuesta a la guerra civil, la clara postura del

⁴ Nos referimos al estudio siguiente: Albel Jule Maurice Lefranc, «Un réformateur militaire au XVI^e siècle. Raymond de Fourquevaux», *Revue du XVI^e siècle* 3 (1915), pp. 109-154.

embajador, en sintonía con la política religiosa del rey prudente, no podía sino facilitar las relaciones entre ambos reinos.

Pero no obstante todos estos elementos que hacen de la voluminosa correspondencia de Fourquevaux un documento de una riqueza excepcional, ningún historiador de la época de Felipe II, y menos aún los biógrafos del monarca del Escorial han juzgado pertinente sacar partido de ese material. El católico estadounidense William Thomas Walsh, en su famosa biografía de Felipe II publicada en 1937 que fue traducida al castellano en 1943 y constantemente reeditada hasta 1976⁵ lo cita unas pocas veces, pero nunca directamente, sino a través de las referencias de la conocida biografía de don Carlos por Gachard⁶. En su *España en tiempo de Felipe II*, el P. Luis Fernández y Fernández de Retana lo cita en unas veinte ocasiones, esta vez a partir del texto original, designándolo, conforme al apriorístico nacionalismo que empapa toda la obra y al sentimiento antifrancés del que alardea, con un irónico «nuestro amigo Fourquevaux»⁷ y acusándole de «doblez»⁸. En cuanto a Manuel Fernández Álvarez, apenas lo cita en cuatro o cinco ocasiones en su monumental *Felipe II y su tiempo*⁹, y siempre indirectamente. Ricardo García Cárcel, en su reciente libro sobre la leyenda negra de Felipe II¹⁰, lo nombra en siete ocasiones apenas, sin recurrir nunca al texto original. Las dos obras que más referencias contienen a la correspondencia de Fourquevaux son el *Felipe II* de Geoffrey Parker¹¹ y el estudio sobre los embajadores franceses de la época de Felipe II de Jean-Michel Ribera¹². Este último autor es el que, tras una sucinta biografía de Fourquevaux, trata con mayor detenimiento la actuación diplomática del embajador en Madrid, pero sin ofrecer una visión de conjunto ni una valoración histórica de las cartas.

En este corto estudio nos vamos a detener, siguiendo la prosa del embajador, en la figura de Felipe II, el rey católico, el «demonio del Mediodía» como recuerda Voltaire

⁵ William Thomas Walsh, *Felipe II*, Madrid, Espasa-Calpe, 1943.

⁶ Louis-Prosper Gachard, *Don Carlos et Philippe II*, Bruselas, E. Devroye, 1863 y París, Michel Lévy Frères, 1867 (segunda edición con notables cambios). Última edición de la traducción española de Augusto Escarpizo Lorenzana, Prospére (sic) Gachard, *Don Carlos y Felipe II*, Madrid, Atlas, 2007.

⁷ Luis Fernández y Fernández de Retana, *España en tiempo de Felipe II*, Historia de España «Menéndez Pelayo», XXII-2, p. 13.

⁸ «Perdonaremos al embajador la *doblez* con que, vendiéndose por amigo nuestro, aconsejaba a su reina que “nadase entre dos aguas mientras el turco hacía un esfuerzo y obligaba a Felipe a desistir de su expedición a la Florida”», *ibid.* El subrayado es del propio autor.

⁹ Manuel Fernández Álvarez, *Felipe II y su tiempo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1998, 984 pp.

¹⁰ Ricardo García Cárcel, *El demonio del Sur. La Leyenda Negra de Felipe II*, Madrid, Cátedra, 2017.

¹¹ Geoffrey Parker, *Felipe II. La biografía definitiva*, Barcelona, Planeta, 2010.

¹² Jean-Michel Ribera, *Diplomatie et espionnage. Les ambassadeurs du roi de France auprès de Philippe II, du traité de Cateau-Cambrésis (1559) à la mort de Henri III (1589)*, Paris, Honoré Champion, 2007.

que se le solía llamar¹³, ese «difunto temible»¹⁴ que sigue alimentando todavía hoy una copiosa historiografía y sobre quien, por mucho que se proclame que todo, o casi todo, está dicho, siempre se sienten ganas de volver. La pletórica bibliografía sobre Felipe II ha sufrido, y sufre en parte todavía hoy de una ambigüedad que ya apuntaba Fernand Braudel en 1944 al constatar que los biógrafos del Rey Prudente, a través del personaje casi siempre han querido «poner en tela de juicio el espíritu religioso», el catolicismo o más bien «calar en la esencia de España», en su «irreductible originalidad», en «su, o sus grandezas»¹⁵.

Evidentemente, nada de esto ocurre con Fourquevaux, hombre del siglo XVI ajeno a ese tipo de problemáticas. Felipe II es el personaje central de la correspondencia del embajador francés por la fuerza de las cosas, porque todo llega a él y todo parte de él. No hay carta en la que no se le nombre, se comenten sus acciones o se aluda a él varias veces. Pero Fourquevaux no emite juicios personales sobre el monarca, como su obligación de reserva le obligaba, aunque en no pocas frases se trasluzca su sentir personal. Su visión del rey –una vez apartado cuanto estriba en los asuntos oficiales, las decisiones políticas y todo lo exterior– se puede organizar en función de tres niveles de aprehensión del soberano desde el punto de vista personal del emisor Fourquevaux: 1. El retrato oficial estereotipado que situaremos en el ámbito de la comunicación estandarizada; 2. El hombre de carne y hueso, padre de familia, esposo y amante, amigo, que denominaremos el círculo de la intimidad estratégica; 3. Por fin, el Felipe II interior, de dentro de Fourquevaux, su campeón de la catolicidad, su héroe secreto que cualificaremos como el dominio de la inextricable ambigüedad o tensión entre lealtad y

¹³ La traducción de «démon du Midi» por «demonio del Sur», que es la que utiliza Ricardo García Cárcel en su libro, es mejor que la tradicional «del Mediodía», vocablo mucho menos usado en castellano en su sentido geográfico que en francés. Voltaire empleó cuatro veces esta perifrasis que no es de su invención para designar a Felipe II, en una nota al Canto III de *La Henriade* de 1730 (*Œuvres complètes de Voltaire*, París, Garnier Frères, 1877, t. 8, p. 101), en el capítulo CLXVI del *Essai sur les mœurs* de 1756 (*Ibid.*, t. 12, p. 483), en 1764 en la entrada «Démocratie» del *Dictionnaire philosophique* (*Ibid.*, t. 18, p. 334) y en la entrada «Prétentions» de las *Questions sur l'Encyclopédie* de 1770-1772 (*Questions sur l'Encyclopédie par des amateurs, Tome quatrième*, Genève, 1775, p. 314). Esta designación es recurrente en la literatura francesa antiespañola del siglo XVIII. Víctor Hugo la retoma en su sátira de Napoléon III (Víctor Hugo, *Napoléon le petit*, París, J. Hetzel, 1870, p. 235).

Sobre los avatares de esta expresión, que proviene del «demonio meridiano» o «destrucción que estraga el mediodía» (según las traducciones) del Salmo XCI, 5-6, véase Joseph E. GILLET, «El mediodía y el demonio meridiano en España», *Nueva Revista de Filología Hispánica*, VII (enero de 1953), pp. 307-315.

¹⁴ Expresión de Fernand Braudel, en su interesante reseña, por cierto muy negativa, de la biografía de Ludwig Pfandl de Felipe II: Fernand Braudel, «Actions en hausse, Philippe II?», *Mélanges d'histoire sociale* 6 (1944), pp. 96-100.

¹⁵ *Ibid.*, p. 96.

convicción. La concisión a la que nos obliga el formato de este trabajo hará que tan solo aludamos a unos cuantos ejemplos sin entrar en mayores desarrollos.

1. El Felipe II con el que se encuentra Fourquevaux el 18 de octubre de 1565 al entregarle sus cartas credenciales es el personaje más temido y poderoso de la cristiandad, el soberano que pretende regular los movimientos de Europa, doblegar la herejía, dirigir el papado y hacer de la potencia española el motor principal del mundo cristiano¹⁶. De este impresionante potentado, Fourquevaux nos da un retrato conforme a lo que la mayoría de los representantes diplomáticos que habían tratado con él – empezando por los agudos venecianos– escribían y se difundía por toda Europa: un ser taciturno, «flegmático»¹⁷, al que es preferible hablar directa y francamente, que se ocupa de todo y así genera mucho retraso en el despacho de los negocios¹⁸, que se expresa con voz casi inaudible¹⁹, que muestra gran frialdad y reserva frente a sus interlocutores, particularmente durante las audiencias²⁰. Fourquevaux insiste en el gusto del rey por la ocultación y el secreto, su obsesión por no dejar que se adivinen sus sentimientos ni sus proyectos²¹. El siguiente extracto es revelador de esa propensión de Felipe II, más que al secreto, al engaño, de corte claramente político, lo que no deja de sorprender en boca de tan católico monarca:

Así es, Señora, como este Rey mantiene secretos sus proyectos; el cual no hace cuatro días contaba a la dicha Señora Reina que bien se podía adivinar que no iría a Flandes estos dos años pasados puesto que tanto alardeaba de ello; pues hace profesión de ajustar sus negocios sin hacer grandes proclamas ni preciarse de ello antes del momento; pues piensa que los grandes príncipes que dicen abiertamente que harán algo relativo a su servicio, es con intención de no hacerlo, porque así sería gran milagro que saliera bien. Decía esto a propósito del castigo que ha dado a sus rebeldes de

¹⁶ Así lo presenta Jean Hippolyte Mariéjol, «L'œuvre de Philippe II», en Ernest Lavisse y Alfred Rambaud (dir.), *Histoire générale*, V, París, Colin, 1895, p. 49.

¹⁷ Carta del 8 de agosto de 1570, II, p. 251: «Il est trop phlegmatique en ses propres et plus urgentz affaires».

¹⁸ Cartas del 6 de julio y del 6 de agosto de 1569, II, p. 92 y p. 100.

¹⁹ Carta del 20 de octubre de 1565, I, pp. 3-4.

²⁰ Carta del 30 de abril de 1566, I, p. 83.

²¹ Por ejemplo en la carta del 19 de diciembre de 1570, II, p. 304 donde escribe «...no es príncipe que diga lo que siente y es uno de los mayores ocultadores del mundo».

Flandes sin que se haya jactado de que el duque de Alba hubiera ido con tal intención; porque si lo hubiera hecho, no habría acabado con ellos tan fácilmente²².

Este aspecto de la personalidad del rey es uno de los más difundidos y utilizados por sus adversarios deseosos de acreditar la tesis según la cual Felipe II no era sino un hipócrita mentiroso y maquavélico.

2. Fourquevaux nos ofrece también un retrato más íntimo de Felipe II, esta vez altamente positivo, lo que contrasta con los reiterados juicios despectivos que emite sobre los españoles a quienes trata de arrogantes, presuntuosos, incompetentes, insolentes y muchos calificativos más. Es sobre todo a través de la relación del rey con Isabel de Valois como logra dibujar un perfil del rey bastante entrañable, parecido al que se desprende de las cartas de este a sus hijas desde Lisboa. Insiste con beatitud en el amor que el soberano manifiesta a su joven y bellísima esposa²³, cómo se muestra cada día más prendado de ella²⁴, cómo la agasaja; lo vemos asistiendo al primer parto apretándole la mano a su mujer²⁵ y finalmente cómo la muerte de la reina lo deja anonadado. Henry Kamen opina que ese discurso es en realidad una ficción, y así lo

²² Carta del 8 de mayo de 1568, I, p. 358: «C'est ainsi, Madame, que ce Roy tient ses entrepris secrettes ; lequel comptoit, n'a pas quatre jours, à la Dame qu'on pouvoit assez deviner qu'il n'iroit point en Flandres ces deux années passées, puisqu'il en faisoit si grands ostentations et semblatz ; car il faict profession de remedier à ses affères sans mener grand bruit ny s'en venter avant le coup ; estant d'opinion que les grandz princes qui dient ouvertement qu'ilz feront quelquechose concernant leur service, que c'est en intention de ne la fere point, car aussi seroit grand miracle qu'elle eust bon succez. Il disoit cecy à propos du chastiment qu'il a donné à ses rebelles de Flandres sans qu'il se soit vanté que le duc d'Alve y allast pour telle fin ; car s'il l'eust faict, il n'en seroit venu à bout si facilement.» En otra carta dirigida al duque de Anjou del 30 de enero de 1570 (III, p. 143), Fourquevaux comenta: «El conde de Olivares sa marcha a ver a Sus Majestades designado por Su Majestad Católica para visitarlos. Me he esforzado en saber si tendría otras cosas que cumplidos de las que tratar; pero no he podido llegar tan lejos porque el dicho Señor Rey lleva sus negocios con todo el secreto del mundo» [«Le conte d'Olivares s'en va vers Leurs Majestés esleu de sa Majesté Catholique pour les visiter. J'ay mis peine de sonder s'il y auroit à traicter aultres negoces que de complimentz; mais je n'y ay peu veoir si avant; car led. S^r Roy faict ses affaires avec tout le secret du monde.»].

²³ Véase sobre todo la carta del 4 de febrero de 1566, I, p. 51.

²⁴ «Y Su Majestad puede creer que el Rey, su yerno, le hace el amor a la Señora y cada día está más enamorado, según sus gentes, hombres como mujeres, me han dicho; verdad es que su belleza aumenta cada día con el embarazo» [«Et peult croire Votre Majesté que le Roy, votre beau filz, faict l'amour à Mad.Dame et en devient chacun jour plus amoureux, à ce que les siens, hommes et femmes, m'ont dict; aussi est ce que sa beauté augmente de jour en jour depuis ceste groisse.»], carta del 17 de enero de 1566, I, p. 45. En la carta del 4 de febrero, Fourquevaux insiste en el gran amor y deseo que muestra el Rey hacia su esposa y que se queda a dormir con elle todas las noches, I, p. 51.

²⁵ Carta del 18 de agosto de 1566, I, p. 111.

explica refiriéndose al predecesor de Fourquevaux: «Todos los informes optimistas de amor provienen de una única fuente: los embajadores franceses, que estaban ansiosos de demostrar a su gobierno que el matrimonio era un éxito. El embajador Saint-Sulpice estaba sometido a la constante presión de Catalina de Médicis para enterarse del anuncio de algún nacimiento.²⁶» Tal visión es plausible, pero también es verdad que esas cartas no estaban destinadas a ser publicadas y no se entiende qué interés podían tener los embajadores en engañar al rey y a su madre, por muy recurrentes que sean las ansiosas demandas de Catalina de Médicis acerca del estado de gravidez de su hija, los brebajes y demás medicinas que le recomendaba para lograrlo²⁷. Por otra parte, no faltan testimonios de los sentimientos de Felipe II hacia su esposa.

Catalina de Médicis encargó a Fourquevaux que le pidiera a su hija que aprovechara su proximidad con su marido para obtener informaciones sobre sus proyectos e intenciones más secretos²⁸. La reina Isabel, francesa y dócil instrumento de su madre, no por ello accedió a espiar a su marido en la almohada, sino que se mantuvo en una prudente circunspección que le permitía contentar ambas partes, aunque no parece que lograra gran cosa con su marido, como muestra el fracaso de su intento de intervenir en favor del cardenal de Ferrara, candidato de su madre, para suceder a Pío IV fallecido en 1565²⁹.

Fourquevaux se complace en mostrar la sensibilidad de ese rey que todos consideran tan insensible, hasta presentarlo como un ser que difícilmente puede contener su emoción. Así, lo vemos llorar cuando le leen las noticias de Flandes sobre la magnitud del desorden³⁰. Lo mismo ocurre al leerle Fourquevaux una carta que le ha escrito Catalina de Médicis evocando a la difunta Isabel³¹, secuencia que también enfatiza la proximidad entre el rey y el embajador. Esa proximidad con el rey,

²⁶ Henry Kamen, *Felipe de España*, Madrid, Siglo XXI de España, 1997, pp. 213-214.

²⁷ Por ejemplo la receta de plantas para un baño susceptible de ayudar al embarazo, que los médicos españoles autorizaron tras muchos dimes y diretes: «Su dicha receta fue consultada con los médicos españoles quienes no obstante su ignorancia, han juzgado que era buena y conveniente» [«Votred. Recepte fut consultée avec des medecins espagnolz, qui nonobstant leur ignorance l'ont neantmoins approuvée et jugée bonne et convenable»]: carta del 21 de noviembre de 1565, I, p. 14. Todo el principio de esta carta es muy sabroso.

²⁸ Carta del 17 de enero de 1566, I, p. 45 : «Señora, le he mostrado a la Reina el pasaje de la carta que ha placido a Su Majestad escribirme con este correo y que habla de Florida para que, si el Rey se lo comenta, ella le responda según su intención» [«Madame, j'ay montré à la Royne l'article de lad.lettre qu'il a plu à Votre Majesté m'escrire par ce courrier parlant de la Floride, afin, si led.Sr Roy luy en touchera quelque mot, elle luy en responde selon votre intention»].

²⁹ Entre otras, cartas del 17 y del 22 de enero de 1566, I, pp. 45-46 y 47.

³⁰ Carta del 24 de agosto de 1567, I, p. 255.

³¹ Carta del 24 de diciembre de 1568, II, p. 39.

Fourquevaux la subraya cada vez que puede, insistiendo en la generosidad de Felipe II hacia su familia, en particular cuando le manda a su mujer un collar estimado en 1.200 ducados, hasta tal punto que el embajador se ve en la obligación de tranquilizar a Catalina de Médicis acerca de su infranqueable lealtad³².

Para terminar este apartado, copiamos el interesante diagnóstico que da el embajador de las relaciones entre Felipe II y el príncipe don Carlos –tema muy desarrollado en las cartas que no podemos abordar aquí– de sorprendente lucidez: «... si el padre lo odia, el hijo no hace menos; de suerte que, si Dios no media, puede acontecer una gran desgracia. Pero tanto más odia el hijo a su padre, tanto más aumenta su afecto para la Reina, su madrastra; porque ella es su único recurso»³³.

3. Como lo demuestra Bertrand Haan³⁴ en un pertinente estudio de la actuación de Fourquevaux en Madrid, este, llevado de su catolicismo intransigente, aun permaneciendo fiel a sus soberanos, nunca compartió la propensión de Catalina de Médicis, opuesta a la guerra que consideraba más destructora que producente, a negociar con los protestantes y dejar abierta la posibilidad de una política tolerante, lo que le condujo, si no a una complicidad y menos todavía un compromiso, a una comprensión, una adhesión íntima a lo que podía representar, en la coyuntura de las guerras de religión, la inquebrantable voluntad filipina de aplastar a los herejes por todos los medios, incluidos los más violentos.

Para Fourquevaux, está claro que Felipe II, que «no puede sufrir a los luteranos tan cerca de sus tierras a causa de los disturbios que ello podría ocasionar»³⁵ puede ser un aliado capital de Francia con el fin de exterminarlos. Tras la victoria de Saint-Denis del ejército real sobre los protestantes (10 de noviembre de 1567), Fourquevaux le escribe a la reina madre una carta en la que se atreve a pedirle que mantenga una actitud agresiva contra los protestantes y de paso le reprocha abiertamente su propensión a la mansedumbre:

...no hay motivo para que se detenga ahora en tan buen camino ya que el comienzo es tan bueno, sino que debe perseguir a los rebeldes con toda fuerza, sin darles tiempo

³² Carta del 18 de noviembre de 1568, II, p. 23.

³³ Carta del 12 de septiembre de 1567, I, p. 266: «....si le père le hait, sond. filz n'en fait pas moins; de sorte que, si Dieu n'y remedie, il en pourra survenir ung grand malheur. Mais de tant que led. filz hait sond. père, de tant augmente son affection vers la Royne, sa belle mère; car c'est à elle qu'il a tout son recours.»

³⁴ Bertrand Haan, «Fidélité au roi et défense de la religion catholique: le jeu ambigu de Fourquevaux, ambassadeur de Charles IX auprès de Philippe II», *Mélanges de l'École française de Rome* 118-2 (2006), pp. 205-215.

³⁵ Carta del 13 de noviembre de 1567, I, p. 287 : «...il ne pouvoit souffrir les Lutheriens si près de ses païs pour les desordres que luy en pouvoient venir.»

para que se restablezcan ni se refuercen. Pues, Señora, si no quiere defraudar a sí misma, tiene que ir contra su propia inclinación: es decir mostrarse inexorable frente a cualquiera que le hable de acordarles su gracia³⁶.

En noviembre de 1567 se había opuesto a la paz con los hugonotes, paz que consideraba «vergonzosa»³⁷ y catastrófica para la reputación de la corona, como también lo haría en enero de 1570 en varias cartas, tan opuestas a lo que era entonces la decisión real –«...no quisiera tampoco que [la paz con los protestantes] fuera vergonzosa, por haber oído decir a los antiguos que más vale para un rey sufrir diez años de guerra que no gozar un año de una paz vergonzosa»³⁸ – que Fourquevaux se siente obligado a precisar que lo que escribe «no es por complacer a los españoles»³⁹ que están encantados de que haya guerra entre franceses. Bertrand Haan va más lejos en su demonstración, suponiendo que las palabras póstumas que le presta a Isabel de Valois *in articulo mortis* –«Le ruego diga a la Reina, mi madre, y al Rey, mi hermano (...) que cuiden su Reino para que las herejías que allí cunden se terminen»⁴⁰ – y que transmite a su madre a las pocas horas del fallecimiento de la reina, tal vez se las inventó el embajador para presionar a Catalina de Médicis e incitarla a mayor determinación contra los rebeldes. De hecho, este testimonio es el único que poseemos y ningún otro documento lo corrobora. No obstante, la total adhesión de Isabel de Valois a la causa católica, su excelente relación, y casi complicidad, con Fourquevaux así como su solidaridad con la política de Felipe II vuelven plausible tal declaración. Por su parte, el rey católico estimaba al embajador francés y hasta se ofreció para ser padrino de una de sus hijas, amén de otras marcas de favor que, sumadas a varios episodios de sospechosa connivencia entre Fourquevaux y el rey católico y sus ministros, malintencionadamente divulgados en París, hicieron que Catalina de Médicis pensara en varias ocasiones en destituir a su embajador, lo que finalmente no hizo. Pero es cierto que Felipe II no escatimaba las ocasiones para decir lo bien que consideraba a Fourquevaux. Incluso

³⁶ Carta del 2 de diciembre de 1567, I, p. 307: «...il n'y a lieu de vous arrêter maintenant en si beau chemin, puisque le commencement est si bon; ains debvez poursuivre les rebelles à toute force, sans leur donner temps de se reffaire ny de se renforcer. Mais, Madame, si vous ne voulez failir à vous mesme, il vous fault faire contre votre naturel: c'est de vous rendre inexorable à quelconque vous parlera de les recevoir en grace».

³⁷ Carta del 13 de noviembre de 1567, I, p. 292.

³⁸ Carta a Catalina de Médicis del 5 de enero de 1570, II, p. 175: «...mais je ne vouldrois pas aussi qu'elle fust honteuse ayant oy dire aux antiens qu'il vault mieulx à un roy supporter dix ans de guerre, que de joyr ung an de honteuse paix».

³⁹ *Ibid.*

⁴⁰ Carta del 3 de octubre de 1568, I, pp. 384-385: «Je vous prie de dire à la Royne, ma mère, et au Roy, mon frère (...) qu'ilz pourvoient à leur Royaume, afin que les heresies que y sont prenent fin.»

cuando se enteró de que Carlos IX se disponía a sustituirlo, escribió personalmente a su embajador en París ordenándole que tomara su defensa⁴¹. Ciento es que la connivencia entre el rey católico y el embajador de Francia, cimentada en la convicción compartida por ambos de que sólo la guerra y la intransigencia podían acabar con los rebeldes protestantes, hacía de Fourquevaux un personaje aparte entre el personal diplomático de la monarquía francesa ya que los demás representantes del rey cristianísimo escogidos por la reina madre eran partidarios, como ella, de la negociación para evitar la efusión de sangre, o sea de la coexistencia religiosa. Pero al mismo tiempo, como subraya Bertrand Haan, Fourquevaux es representativo de una importante fracción de la nobleza al servicio de la corona la cual, aunque profesaba una total lealtad hacia los soberanos, no estaba de acuerdo para aplicar la política de compromiso y de coexistencia entre religiones. Tales disposiciones lo conducían naturalmente, por así decir, a un encuentro con Felipe II, el hombre que encarnaba con mayor determinación la voluntad de exterminar a los herejes que ponían en peligro la unidad de la fe y del Estado. Ello explicaría que Fourquevaux, en un momento privilegiado de las relaciones francoespañolas, proponga en filigrana a lo largo de su correspondencia oficial un retrato más bien positivo, y si no francamente halagüeño al menos comprensivo, del monarca de El Escorial, ese demonio del Sur que pronto sería erigido en símbolo repelente de fanatismo y opresión.

⁴¹ B. Hann, «*Fidélité au roi et défense de la religion catholique...*», p. 213. Véase también la carta del 17 de agosto de 1568, III, p. 98.